

# POR QUE DEBE DESAPARECER NUESTRO SISTEMA ESCOLAR

IVAN ILLICH, el conocido fundador del CIDOC de Cuernavaca ("Centro Intercultural de Educación"), ha publicado últimamente una serie de escritos en los que pretende demostrar la total ineficacia de nuestras escuelas actuales —las del mundo entero— para formar hombres auténticos y no servidores de la llamada "sociedad de consumo".

Con ocasión del "Concilio Universal de Educación Cristiana", celebrado en Lima, Perú, en Junio de 1971, tuvo una alocución a los allí congregados, en la que desenvuelve en resumen su conocida tesis. He aquí sus palabras.<sup>1</sup>

Todos los hombres necesitan techo y comida; pero hay, por supuesto, necesidades no tan católicas. Un ejemplo: hace tres siglos un certificado de bautismo eran necesario para vivir en una colonia española. Hoy ya no lo es. Algunas necesidades se van de la misma manera que vinieron. La educación de una de ellas. Si el mundo sobrevive, muy pronto ni la sentiremos.

Hoy en día, un tercio de los seres vivos predica la necesidad de la educación. Admiten, eso sí, que algunas personas pueden sobrevivir sin ella, de la misma manera que otros sobreviven sin techo, pero resienten el despojo de ambos. Vuestra presencia aquí me hace pensar que la mayoría de ustedes se encuentra entre estos nuevos evangelistas.

Todo el poder terrestre va rumbo a las manos de esta minoría educada. La educación sirve de justificación para este privilegio que la minoría dominante detenta y reclama. Cuando se le desafía, el educado responde como el mayordomo que no podía cavar, se avergonzaba de pedir, y por ello hacía depender su futuro del valor de los certificados que obtenía.

Al final de la Edad Media la gente le dio la espalda a la realidad y depositó su confianza en los certificados que les conferían indulgencias. Hoy, en una época de ilustración evanescente, el hombre se confía a la adquisición de algo llamado "educación".

Educación ha llegado a significar lo opuesto del proceso vital de aprendizaje que parte de un medio ambiente humano; un medio en el cual, casi continuamente, la mayoría tiene acceso a todos los hechos e instrumentos que modelan sus vidas. Ha pasado a significar algo adquirible a espaldas de la cotidianidad, mediante el consumo de una mercancía y la acumulación del conocimiento abstracto sobre la vida.

1.—Véase la serie CIDOC, DOC. 1/V 71/2.

Subrepticamente, nuestra sociedad ha convertido la educación en un proceso que fabrica capitalistas del conocimiento. Su valor se define en términos de las horas de instrucción que alguien ha comprado con los fondos públicos y la pobreza es medida y explicada por el fracaso del hombre en consumir. En esa sociedad, los pobres son aquellos que se quedan a la zaga en educación. El hombre rico, el capitalista del poder, apenas puede salvar la brecha que lo separa de Lázaro. Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para el hombre devoto de esa educación retomar la perspectiva realista de los pobres.

Históricamente, esta fe en la educación creció a la sombra de la Alquimia. La educación es hoy la versión contemporánea de la piedra filosofal; con tocarla se refinan los elementos básicos del mundo. Es el procedimiento mediante el cual los metales ordinarios son amasados a través de sucesivas etapas hasta que brillan como el oro puro.

El obispo Amos Comenio es justicieramente conocido como uno de los fundadores de la educación moderna. Versado en alquimia, aplicó el concepto y el lenguaje de ese Arte Secreto al refinamiento y la ilustración de los hombres. Fue él quien proveyó un significado pedagógico al vocabulario químico del progreso, el proceso y la ilustración.

Hoy, la fe en la educación se ha convertido en una nueva religión mundial. La naturaleza religiosa de la educación pasa casi desapercibida; tal es el ecumenismo de la fe en la educación. La creencia alquimista de que la educación puede transformar a los hombres para que encajen en un mundo creado por el hombre mediante la magia del tecnócrata, se ha hecho universal e incuestionable, y encima es tenida por tradicional. Esa creencia es compartida por marxistas y capitalistas, por líderes de países pobres y de grandes potencias, por rabinos y ateos y sacerdotes. Su dogma fundamental: un proceso llamado "educación" puede aumentar el valor de un ser humano; resulta en la creación de capital humano; llevará a todos los hombres una vida mejor.

La gente más generosa de nuestra era entrega su vida para educar a los pobres. Inevitablemente, los educadores pueden contar con el respaldo de los poderosos, al igual que los misioneros españoles contaban con el de la Corona. Después de todo, el educador enseña a los pobres a sentirse incompetentes.

Para seducir u obligar a los otros a aceptar su fe, el educado emplea el mismo rito en todas partes: la escolarización. La totalidad de los países que pertenecen a las Naciones Unidas, demandan de sus ciudadanos un mínimo de veinte horas de asistencia semanal durante un período de por lo menos cinco años. La Escuela es la primera Iglesia en establecer tal exigencia.

La liturgia escolar tiene las mismas características universalmente. Los niños son reunidos por edades. Se les hace asistir a los servicios en un recinto sagrado reservado con ese fin: "la clase". Se les hace llevar a cabo tareas que producen educación porque están determinadas por un ministro ordenado: el maestro titulado. Se les hace progresar en la gracia que les concede la sociedad al moverlos de grado en grado.

No tengo nada contra los maestros. Se cuentan entre los hombres más dedicados, generosos y amables. Cabalmente, sus cualidades humanas se comparan con ventaja a las de cualquier grupo anterior de siervos

## Artículos

profesionales de la religión. Sus servicios son mucho más versátiles que los de cualquier sacerdote anterior. No hay enseñanza particular para la cual falte un maestro. Pero lo que hoy llamamos "educación" no es lo que tiene lugar entre un pupilo y un maestro. Lo que denominamos educación es el servicio profesional que una institución proporciona a sus clientes a través del maestro profesional.

El rito de la escolaridad constituye un poderoso currículo escondido. Un currículo que no depende de la intención del maestro. Un currículo que no varía con la materia enseñada; llámese comunismo, lectura, sexo, historia o retórica.

Lo primero que el niño aprende del curriculum oculto de la escolaridad es un viejo adagio, la corrupción inquisitorial de la fe: "extra scholam nulla est salus" —afuera del rito no hay salvación. Por su mera presencia en la escuela, el niño suscribe al valor de aprender de un maestro y al valor de aprender acerca del mundo. O sea: desaprende a considerar a cada persona como un modelo en potencia; desaprende a aprenderlo todo de la cotidianidad. En la escuela, el niño aprende a distinguir dos mundos: el real, al que algún día ha de entrar, y el sagrado, en el cual se le encierra para que aprenda. De la promoción o del progreso escolar, el niño aprende el valor del consumo interminable; la apetencia de grados que caducan anualmente. En la escuela, aprende que su propio crecimiento vale la pena social sólo porque es el resultado de su consumo de una mercancía llamada educación.

Durante generaciones hemos tratado de mejorar el mundo mediante una escolarización creciente. Hasta ahora ese empeño ha fracasado. En cambio, sí hemos aprendido que forzar a los niños a trepar una escalera sin fin no puede realzar la igualdad sino favorecer a quienes empiezan más temprano, mejor alimentados, mejor preparados. Sí hemos aprendido que la instrucción obligada amortigua, en la mayoría, su deseo de un aprendizaje independiente. Si aprendimos, que al concebir el conocimiento como una mercancía, al empaquetarlo para su entrega al consumidor y al aceptarlo como propiedad privada de quien lo adquiere, estamos es-caseándolo cada día más.

Súbitamente la escuela va perdiendo su legitimidad política, económica, pedagógica. Súbitamente, va siendo reconocida como un rito necesario para hacer tolerables las contradicciones de nuestra sociedad. Proceso de socialización con miras a la conformidad con las demandas de una sociedad de consumo, la escuela sostiene el mito igualitario de nuestras sociedades al mismo tiempo que establece su estructura rigurosa de acuerdo con 16 niveles de desertores.

La bancarrota escolar es una señal prometedora. Pero eso no significa aún que quienes critican a la escuela hayan abandonado el sueño del alquimista. De la historia de la iglesia sabemos que la mera reforma litúrgica no garantiza una renovación teológica. El resquebrajamiento de las escuelas puede conducirnos a la búsqueda de nuevos dispositivos educativos. Sin duda, al igual que anteriormente sucedió con otras iglesias, la escuela será pronto desestablecida. Pero ello puede acarrear una apoteosis de la Educación para el Progreso, y su estado final será peor que el inicial. Podría llevar a un gigantesco esfuerzo por alcanzar fuera de la estructura escolar lo que obviamente ha fracasado dentro de la estructura escolar, a saber: una manera más efectiva y universal de enlazar

el "aprender para vivir" y ponerlo en el mercado mediante otros sistemas distintos al de la escuela. El resultado neto sería el mismo: el concepto según el cual las personas deben ser "educadas" para vivir y que ello debe hacerse adquiriendo información sobre la realidad antes de enfrentarla.

A menos que el desestablecimiento de la escuela lleve a una sociedad donde la educación sea también reemplazada por una situación que otorgue a los hombres acceso ilimitado al auténtico aprendizaje para la vida, a menos que eso suceda paralelamente, la transferencia de la educación de los salones escolares a otras instituciones de una sociedad de consumo aparejará inevitablemente una enseñanza creciente acerca de un mundo aún más alienado.

Debemos mirar más allá de la actual bancarrota escolar. En el presente, la escuela restringe al salón de clase la competencia del maestro. Se le impide que reclame posesión sobre la vida entera de un hombre. La defunción de las escuelas levantará esa restricción y dará un semblante de legitimidad a la eterna invasión pedagógica del mundo privado de cada uno. Abrirá las puertas a una contienda por el "conocimiento" en el mercado libre, lo cual nos conducirá hacia la paradoja de una meritocracia vulgar, aunque aparentemente igualitaria. Salvo si transformamos nuestro concepto del conocimiento, el desestablecimiento de la escuela llevará al altar un sistema creciente de meritocracia que separa la enseñanza de la certificación, para casarlo con una sociedad comprometida en proporcionar una terapia pedagógica hasta que cada uno esté maduro y listo para ser puesto en su nicho. Sólo por nombre podremos distinguir una sociedad convertida en un inmenso salón de clases, de un manicomio general o una prisión universal. Hace 80 años, Soloviev ya predijo que el Anti-Cristo sería un maestro.

A menudo olvidamos que el término "educación" es de cuño reciente. Era desconocido antes de la Reforma. La educación de los niños fue por primera vez mencionada en francés en un documento que data de 1498. Por ese año, Erasmo se establecía en Oxford, Savonarola era quemado vivo en Florencia, y Dureró grababa su Apocalipsis, donde nos habla con vigor del sentido de ruina inminente que se ceñía hacia el final de la Edad Media. En lengua inglesa, la palabra educación apareció por primera vez en 1530. Es el año del divorcio de Enrique VIII y de la separación de la Iglesia Luterana de la Romana, en la dieta de Augsburgo. En España y sus territorios pasó un siglo más antes que la palabra y la idea de la Educación fueran comunes. Todavía en 1632 Lope de Vega se refería a la Educación como una novedad. Como ustedes recordarán, en ese año, aquí, en Lima, la Universidad de San Marcos celebraba su décimo sexto aniversario. Los centros para el aprendizaje existían antes que el término educación se incorporara al lenguaje corriente. Se leían los clásicos o el derecho no se educaba sobre la vida diaria.

Como cristianos, tenemos la tarea especial de cargar sobre nuestros hombros la responsabilidad que le cabe a nuestras iglesias por la promoción de todos los tipos de capitalismo, pero, especialmente, por la promoción del capitalismo del saber. La religión de la educación universal y obligatoria se ha convertido en una corrupción de la Reforma. Es nuestro deber entenderlo y señalarlo.

Gutenberg descubrió una tecnología que ha puesto los libros al alcance de todos. Nosotros hemos descubierto la manera de interponer una

## Artículos

monstruosa iglesia de maestros entre las personas y el libro. Ello ha traído como consecuencia una creciente inhabilidad para leer. Lutero nos puso la Biblia al alcance de la mano, pero también inventó un método de enseñanza masiva: el catecismo, un curso programado de preguntas y respuestas. La Iglesia católica lanzó la contra Reforma al congelar su doctrina en un catecismo propio. Los jesuitas secularizaron la idea y crearon el Ratio Studiorum para sus universidades. Paradójicamente, este Ratio pasó a ser el curriculum en el cual se formaron las elites de la Ilustración. Y, finalmente, en la actualidad, las naciones-estado producen sus propias elites, a las cuales les está reservada la buena vida en la tierra; se les hace consumir educación. Al pobre, basta administrarle unas dosis menores del mismo consumo para ilustrarlo sobre su inferioridad predestinada.

Permítaseme resumir mi argumento. Los reformistas trataron de extender el misterio de la revelación divina sobre el reino por venir. Hoy, los educadores hacen depender de sus ministerios institucionalizados el descenso a la Tierra del Reino del Consumo Universal. El mito de la educación universal, el rito de la escuela obligatoria y de una estructura profesional equilibrada para el progreso del tecnócrata, se refuerzan unos a otros.

Una vez que esto sea entendido, ya no será posible tolerar ninguna complicidad de las iglesias cristianas con el culto de la Ideología del Progreso.

Cada comunidad cristiana organizada está hoy forzada a elegir una de tres políticas posibles: Aferrarse a las escuelas; o destruirlas y aferrarse a la seudo religión de la educación; o sentirse llamada a ser radical o profeta.

1. Si la iglesia persiste con sus escuelas, sus políticos se preocuparán de cómo aumentar el número de las mismas, de cómo mejorar su calidad, y de cómo proveer más limosnas para el beneficio de los no escolarizados, tales como educación correctiva, escuelas radicales, entrenamiento técnico y demás.

Los hombres previsores que se encuentren dentro de una iglesia que se embarque en esta política, debieran sentirse inquietos por el vaivén y la creciente frustración de sus trabajadores educativos.

2. Una iglesia puede también escoger el reconocimiento de la bancarrota de las escuelas, pero así y todo mantenerse comprometida con el mito de la educación general entendida como artículo de consumo. De ser así, esa iglesia preconizará el desestablecimiento de las escuelas, una distribución más equitativa de los recursos educativos y la protección de los no escolarizados frente a la discriminación de la cual son objeto en el mercado de trabajo o en la sociedad en general. Todas estas garantías son necesarias y la iglesia que las endose será ciertamente acogida por otros movimientos más progresistas. Pero una iglesia que haga esta elección, una iglesia que reconozca la inevitable bancarrota escolar pero no el carácter seudo religioso de la "educación", una iglesia tal se hará inexorablemente cómplice de un futuro "mundo feliz" del consumo. Porque los instrumentos educativos desescolarizados son sólo nuevos métodos de empacar y distribuir más eficazmente la instrucción, nuevas formas de acumulación de vida enlatada para satisfacer las formas diseñadas por profesionales. Si la iglesia que adopta esa política no va más allá de la de-

manda por desestablecer las escuelas, se hará cómplice del Faraón que ahora enreda a los esclavos en un mundo en el cual el progreso tecnológico se vuelve impersonal, opaco, contaminado.

3. Tenéis una última elección: Leer las Escrituras, regresar a la más pura tradición de la iglesia y anunciar la llegada del Reino que no es de este Mundo; del reino cuyo misterio tenemos el privilegio de conocer. Esta es una elección que cada uno de nosotros debe hacer si quiere seguir a Jesús, y debe hacerla inclusive si la iglesia en la que tiene sus raíces ha incorporado el "progreso de los pueblos" como neologismo en el venerable latín.

Debemos, en el nombre de Dios, denunciar la ideología del progreso y la contaminante escalada de la producción. Debemos poner al descubierto la pseudo teología de la educación concebida como preparación para una vida de consumo frustrante. Debemos recordar al hombre que Dios ha hecho bien el mundo y nos ha dado el poder de conocerlo y preciarlo sin la constante necesidad de un intermediario. Tenemos sí, después de todo, la experiencia de que el hombre crece y aprende en la medida en que se compromete en una interacción personal, íntima, siempre sorprendente, con los demás y en un medio ambiente significativo, en tanto que se encoge y arruga cuando es servido por funcionarios. Consecuentemente, debemos rehusar a cooperar en cualquier intento que busque crear un ambiente hecho por el hombre pero en el cual la vida de todos y de cada uno dependa del grado en que se haya sido cliente de una organización de servicios.

Se necesita valentía para ponerle precio a un mundo claro y transparente, para determinar a qué costo la tecnología puede ser puesta al servicio directo de las mayorías mundiales, permitiéndole a cada uno curarse, educarse, albergarse y transportarse, en lugar de poner la tecnología al servicio del tecnócrata que se siente orgulloso de proveer eternamente una medicina, una educación, una habitación y una transportación, cada vez menores y cada vez más caras.

Un mundo que renuncie al espectáculo de la tecnología progresiva es un mundo que pone coto radical al consumo, de acuerdo al consenso de una inmensa mayoría y al cabo para el provecho de todos. No tiene sentido proponer un ingreso mínimo hasta que no se tenga la valentía de aceptar que ello implica fijar un ingreso máximo. Nadie puede tener lo suficiente si no sabe cuánto es suficiente. No tiene sentido advocar un mínimo de servicios médicos, de instrumentos y de transportación si no se afirma la necesidad de nivelar los máximos de servicios disponibles a cualquiera y por la razón que sea.

Una forma tal de consenso anti-tecnocrático se traduce fácilmente en la necesidad de la pobreza voluntaria de los pobres, tal como lo predicara el Señor. La pobreza voluntaria, el desprendimiento del poder y la no violencia, están en el corazón del mensaje cristiano. Puesto que son sus elementos más preciosos, son también los más fácilmente corruptibles, ridiculizables o descuidables. Se necesita valentía para hacer de la renuncia, condición fundamental para la supervivencia de la humanidad. Si predicamos el Evangelio inalterado y anunciamos la bienaventuranza de los pobres, entonces los ricos se nos reirán en la cara y los ricos en ciernes se mofarán despreciativamente. Pero como nunca antes ha sucedido, el mensaje cristiano más radical es también la política más cuerda en un mundo que ve crecer vertiginosamente el abismo entre pobres y ricos.

## Artículos

El Tercer Mundo tiene una responsabilidad crucial en la liberación del mundo de sus ídolos del progreso, la eficiencia, el PNB. Sus masas no son todavía presas del hábito del consumo, y especialmente del consumo de servicios. La mayoría de las gentes aún se curan y se albergan y se enseñan unos a otros y podrían hacerlo de mejor manera si tuvieran herramientas ligeramente mejores. El Tercer Mundo podría abrir el camino en la búsqueda de un estilo de aprender para vivir, un estilo que será la preparación de los hombres para el cumplimiento de las necesidades auténticas en un contexto genuinamente humano. Sin lugar a dudas, estas naciones podrían alumbrar el camino para el mundo tan desarrollado como decadente.

Dos mundos se hallan frente a frente: la Babel de Rusia y el Egipto de Estados Unidos, ambos prisioneros del ídolo comunes. Un Tercer Mundo cubre el resto del mundo. Es el del desierto. Dentro de los propios imperios crecen las tierras baldías de las favelas. Egipto y Babel son ambos impotentes de salvarse a sí mismos. De la tiranía de sus ídolos sólo pueden salvarlos quienes adoran en el desierto al Dios Vivo y Sin Nombre, quienes han renunciado a las ollas de Egipto.

Pero de ninguna manera todos los que habitan en el desierto son miembros del Pueblo de Dios. Algunos bailan en torno al becerro de oro: fundan avanzadas del Imperio en las tierras yermas. Otros se rebelan contra Moisés y escogen a sus propios profetas para que los devuelvan a la servidumbre que sus padres abandonaron cuando expoliaron a los egipcios. Buscan una alianza para el progreso con Egipto. Y hay nuevamente otros que no son capaces de permanecer fieles a la vocación divina. Desertan del Pueblo de Dios, se mueven hacia el Este y, como los judíos, ungen a su propio Rey para ser sus siervos al igual que otros moradores de la Tierra.

Ha llegado la hora de hacer saber el mensaje que nos ha sido revelado. Ha llegado la hora de anunciar que la liberación de los ricos y de los ricos en ciernes, depende del Pueblo de Dios. Depende de quienes dom Helder Camara ha llamado Minorías Abrahámicas, y entre las cuales, los cristianos, digámoslo con rubor, parecen ser una excepción.

La liberación sólo puede provenir de quienes han elegido el desierto porque han sido puestos en libertad.